

José Ramón Zabala



José Ramón ZABALA (Donostia, 1958) es Licenciado en Filología Hispánica y Doctor en Literatura Española por la Univ. de Deusto. Sus primeros trabajos aparecen en revistas alternativas y fanzines donostiarros como *Eta Kitto* y *The Bai Baiua Time*, especialmente en el terreno de la poesía y la narración breve. Inicia sus colaboraciones periodísticas en el desaparecido *La Voz de Euskadi* de Donostia y en 1986 logra un accesit en el Gabriel Aresti de Bilbao con el cuento "Ispilugunetik". A partir de ese momento abandona la creación, centrándose en la investigación y en el periodismo medioambiental. De esta manera colabora en el "Zabalik" de *El Diario Vasco*, *Egin*, donde coordina el suplemento "Ingurugiroa", *Euskaldunon Egunkaria*, donde se encarga durante cuatro años de la sección "Berde Bizi", *Elhuyar*, *Jakin*, *Mundaiz*, *Guregandik*, *Kultura*, *Gara...* y, por supuesto, *Zurgai*. En 1994 publica el libro *Ángela Figuera: una poesía en la encrucijada* (Universidad de Deusto, San Sebastián, 1994), y ha coordinado la edición de otros dos, *Eugenio Ímaz. Asedio a un filósofo* (Editorial Saturra-rán, Donostia, 2002) y *Non zeuden emakumeak, La mujer vasca en el exilio de 1936* (Editorial Saturra-rán, Donostia, 2007). Asimismo ha colaborado en otros, centrados en general en la temática del exilio vasco o en la defensa del medio ambiente.

Ángela Figuera, nostalgia de la inocencia

Todo era sencillo, perfecto, sin misterio, en aquel gran Bilbao tan pequeñito. Y Ángela, una oscura arduilla merodeando en torno a su padre. El mundo era claro, dulce en aquellos años, transparente en su inocencia, cuando la escritora era una niña sin malicia ni versos, en un paisaje de vacas rollizas, casitas de chimeneas humeantes, cuando Dios era fácil, un gozo blanco y dulce como de leche tibia azucarada...

Los recuerdos

He conseguido hilvanar algunos versos para reconstruir una descripción de lo que pudo ser la infancia de aquella niña, una visión idealizada y tierna de un hogar burgués, acomodado, en la Bizkaia de principios del siglo XX. Y no ha sido fácil porque, como casi todos los lectores de estas páginas sabemos, la poesía de Ángela Figuera no se caracteriza por expresiones de añoranza. No obstante, en buena parte de su lírica hay un poso escondido, apenas perceptible pero constante, de nostalgia de aquellos años perdidos, de los recuerdos que ataban su alma a una tierra donde el sirimiri era una cortina finos diamantes sobre el suelo. Incluso en las etapas más duras de su creación poética los recuerdos de aquellos primeros años de Bilbao abren resquicios a una luz y a un tiempo idealizados en los que las cosas estaban en su sitio y la realidad respondía a una lógica cercana, entrañable. En esos pocos versos la emoción desborda.

Ángela no es una escritora, por tanto, que haya hablado demasiado de su propia infancia. En este sentido la etapa más rica en referencias es, lógicamente, la de su juventud. Por desgracia pocos poemas de ese período intimista han podido llegar al papel impreso, constituyendo un corpus de versos que permanecen inéditos por deseo de su autora quien consideraba que carecían de calidad poética. Ya en su obra editada encontramos algunos muy pequeños pero valiosos apuntes que nos hablan de su niñez. El ejemplo más conocido es el de "Mar de mi infancia", en *Soria Pura*, un poema que nos traslada al Cantábrico a cuyas orillas nació la poeta, "yo estrené mis ojos al mirarte", y en cuyas aguas se acunaban sus sueños. Aquí nos habló del paisaje de su infancia, del golpear de las olas que "vivifica el alma". Este poema se publicó en 1949. Fueron necesarios veinticinco años para que la escritora retornase al paisaje vasco, una "selva sin misterio", recuerdo de pies ligeros pisando hierba fresca con un fondo de montes, praderas y maizales; lo hizo en la "Carta a Pablo Neruda", escrito con motivo del fallecimiento del poeta chileno y recogido en la *Antología total* (1973), casi tanto una autobiografía como un homenaje.

Entre estas dos alusiones paisajísticas, en *Víspera de la vida* (1953) es donde encontramos concentradas las referencias de la escritora a sus primeros años. En "Cuando mi padre pintaba" nos transmitió su visión de niña que admiraba a su padre, pintor aficionado. Y en esa visión se descubren las coincidencias físicas, "mi frente morena era igual a la suya", pero también el amor común por el paisaje que su padre adoraba como ella: "casitas de enhiesta chimenea humeante", "un árbol honesto pareciéndose a un árbol". Descubrimos entonces que el amor por el paisaje en Ángela le une entrañablemente al que fuera su padre, Jesús Ángel Figuera, ingeniero, de ojos profundos, magro, esbelto, con un gran bigote pasado de moda, que fumaba en pipa mientras pintaba y silbaba romanzas de zarzuela.

La Navidad

En ese mismo poemario, *Vispera de la vida*, el poema previo, “Entonces me nacías”, nos habla de uno de los temas más queridos por nuestra bilbaína, el de las fiestas navideñas. Aunque pueda parecer extraño en una persona agnóstica como ella, sin embargo estas festividades se asocian profundamente con la visión del universo familiar idealizado que nos muestra Ángela: “Apenas me recuerdo. Borrosa. Frágil. Mínima. / Pero tú, mi Dios fácil de Navidad, mi Niño / del turrón y la paja, me tenías en cuenta”.

Algunas de sus imágenes más tiernas se van a unir al recuerdo de las Navidades, de una realidad sin fisuras en la que unos ojos inocentes trataban de descubrir el mundo: “la vida en orden”, “limpia”. En este poema, unido al recuerdo del mundo infantil, la escritora se confesaba alegre, tiernamente unida al Divino Niño. Luego aquella niña descubriría que la vida no era así, aquel gozo dulce. Nos recordaba en vida Julio Figuera, el compañero vital de Ángela, que para ella diciembre era un mes de intenso ajeteo, escribiendo felicitaciones, preparando pequeños regalos, decorando la casa. Muchas de las felicitaciones eran poemas ideados para la ocasión o versiones de otros más complejos, adaptados al contexto festivo. Entre los Figuera era una época muy importante... a pesar de no ser creyentes. La alegría de esos días se recoge, por ejemplo, en *Canciones para todo el año*, su último poemario en el que junto a *Cuentos tontos para niños listos* retorna al mundo de la infancia: “El maquinista se para:/ de todo a los niños da / que coman y canten / y bailen sin descansar... / ¡Qué alegres están!... / ¡Qué gusto / que les dejen tranochar!... / Rien, brincan y alborotan / hasta que no pueden más...”.

Una imagen en negativo

Las sombras, el dolor, la injusticia ocultaron sin misericordia aquellos recuerdos. Sin embargo, la infancia, territorio de la nostalgia, seguiría presente en toda la poesía preocupada de Ángela. Porque precisamente ese iba a ser uno de los elementos que permitirían a la escritora juzgar la existencia. No hay realidad más degradada que aquella que nos roba la niñez. “Los vi nacer. Menudos, desarmados” dirá de los hombres paridos para la guerra. O entre los recuerdos de una madre que sufre, “quizá un grito de infancia”. La miseria que se ceba en los niños será una de las más elocuentes expresiones de un mundo corrosivo e injusto, por ejemplo en *Belleza cruel* (1958), cuando nos habla del niño que muere en olor de mugre y golfería, quizás de un hambre muy larga: “Tampoco entendió nada de la vida / aunque veía en ella muchas cosas / que le aplastaban, duras, las espaldas / y se metían negras por sus ojos.” Esa no fue la infancia de Ángela. Aquella niña de familia bien, que veraneaba en Algorta, no conoció ni esa mugre ni ese dolor. Hay aquí un sentimiento de culpa, de vergüenza por haber sido tan feliz cuando mucha gente sufría y sufre en los suburbios de la pobreza. Ese contraste late en muchos de sus poemas, “belleza cruel”, y es el negativo fotográfico de lo que describe: frente a la infancia apaleada del niño pobre está el negativo de su propia niñez feliz. Por eso entiendo que cuando Ángela denuncia la realidad degradada por los filos cortantes del mundo, visión que acosa su sensibilidad existencial y solidaria, de alguna manera, por antítesis, nos está hablando de su propia experiencia vital. La imagen, reiterada en toda su poesía preocupada, se muestra elocuentemente en uno de sus últimos poemas publicados, “Vietnam” (1967-68), donde también se describe gráficamente esa contradicción existencial, si bien en



Dibujo de José M^a Muñoz sobre Ángela Figuera, realizado para esta revista en 1987.





este caso el negativo es el del soldado americano que mata niños vietnamitas mientras añora los suyos: *Mirad y ved los niños aplastados, / acuchillados, rotos, / perforados, roídos / por el napalm; mirad sus carnes puras / llagadas hasta el hueso; / ved las vacías cuencas de sus ojos. // (El yanqui escribe a la familia / y manda besos a los pequeñines).*

Hay un poema y una fecha, “Egoísmo”, 1950, que marca la ruptura entre la dicotomía de la intimidad cálida y feliz frente a la crueldad cotidiana. En ese poema de *Vencida por el ángel*, la escritora describe la barrera entre el dentro y fuera, y una de las imágenes que representan esa ruptura es precisamente la de los “niños pálidos, creados / al latigazo rojo del instinto, / y que la vida, bruta, dejó solos / como una mala perra a su camada.” En ese poemario se produce la ruptura con aquellos tiempos en los que cabalgaba las nubes, fabricaba estrellas, derramaba canciones. A partir de esos mismos versos el simbolismo de la infancia en la poesía de Ángela será constante. Mientras que los jóvenes representarán la esperanza de transformación y superación de una realidad corrompida, la infancia será la inocencia, la pureza como valor que contrasta con la degradación de lo real.

Bizkaia fue donde quiso nacer el corazón de Ángela. Ese paisaje idealizado, a veces indómito, sería el de sus querencias más profundas, el de los recuerdos más entrañables, el del aprendizaje de la belleza, los primeros pasos por la vida, y así aparecerá reflejado en sus versos, casi siempre a escondidas, entre líneas o como contraste. Ángela valoraba la infancia como lo que es, una etapa en la vida de toda persona que condiciona su futuro y que, por ello, debe de ser disfrutada para después, siempre, ser añorada, recordada. Para que, perdida la inocencia, una vez descubiertos los versos y la vida, cuando el tiempo nos lastra con “oscuros plomos de pecado” y nos deja sin alas, pueda permanecer como territorio intacto de la nostalgia.

